

La monarquía llegó a ser necesitada de una manera absoluta por Israel. Todas las tribus semíticas, al pasar del estado nómada al sedentario, habían adoptado este régimen. Sólo Israel había luchado dos o tres siglos contra la fatalidad que se imponía. La antigua vida patriarcal, insuficientemente completada con las instituciones religiosas de Gilgal, Betel, Silo y Mispa, con el arca, el *efod*, etc., había llegado a ser imposible. Situaba a Israel en una posición muy inferior respecto a los filisteos, cuyo territorio era veinte veces más pequeño que el israelita, pero cuyas instituciones políticas y militares resultaban superiores. A todas las objeciones que hacían los partidarios de las ideas viejas, contestaba el pueblo: «Necesitamos un rey, para ser como todas las naciones, y para que nuestro rey nos gobierne y nos dirija en la guerra.»

El rey o *melek* ardientemente pedido, porque efectivamente las condiciones del siglo lo reclamaban, viene a ser como el *basileus* de los griegos homéricos. El *basileus* va al frente del pueblo, lleva al pueblo a la batalla, con un palo en la mano: ésa es su misión. Es el *herzog* germánico. Muchas transformaciones fueron necesarias para que una monarquía nacida de tal manera se convirtiera en una especie de sacramento. De edad en edad contemplaremos esa evolución singular de las ideas de Israel. En la que estudiamos, el problema es aún profano y militar. Israel quiere existir como nación. Cada paso hacia la unidad nacional lo es hacia la realeza. La obra intentada en vano por Gedeón, Abimelek y Jefé, había de llevarla a cabo un benjaminita de mediano ingenio, pero valiente y fuerte, que las necesidades de la época elevaron mucho más de cuanto exigían su mérito y su ambición.

«Saúl se hizo rey de Israel», dice el texto más antiguo que habla de estos sucesos. No se puede negar a Samuel una parte decisiva en el importante acontecimiento, no por combatir el establecimiento de la monarquía, sino para contribuir a ello. Samuel, por una revelación de Jehová, designó y consagró al rey. Es imposible conocer con exactitud cosas de tan remota antigüedad. Saúl, independientemente de toda

designación profética, poseía las cualidades regias de aquel tiempo. Era el hombre completo de una época sencilla en la cual pasaba por el don más importante la fuerza corporal.

Saúl era un héroe antiguo, hombre alto y arrogante, animoso y robusto, procedente de Gibeá, en Benjamín. La tribu de los benjaminitas seguía siendo la selección militar de Israel. Eran vigorosos, diestros, acostumbrados al ejercicio corporal. Saúl destacaba por su estatura entre todos ellos. Ciertas circunstancias, que dieron origen a leyendas, le pusieron en contacto con Samuel. Parece que Saúl pasó bastante tiempo en compañía de los profetas, cantando y bailando con ellos y adquiriendo costumbres de exaltación que después de haberle sido útiles le perdieron. Empezó Saúl por ser reservado en sus relaciones con Samuel, aguardando que una ocasión oportuna lo designara a la elección de las tribus.

El momento no tardó en presentarse. La ciudad de Jabes en Galaad, asediada por Nahas el amonita, envió varios mensajes a las tribus para que la ayudaran. Gibeá, centro muy militar, sintió gran emoción. Saúl, dominado por el espíritu de Dios, se enfureció. Hizo pedazos una pareja de bueyes, y envió un pedazo a cada distrito de Israel, por medio de emisarios que decían: «Lo mismo se hará con los bueyes de quienes no sigan a Saúl.» Se originó en el país un movimiento extraordinario: las cosas se hicieron rápidamente, y Jabes en Galaad quedó libre del cerco luego de pocos días.

Era un síntoma de los grandes progresos realizados en la obra de unificación de Israel. Era algo nuevo que Benjamín se levantara para auxiliar a una ciudad tan lejana como Jabes. El héroe benjaminita que lo había realizado era de derecho rey de Israel. Hubo muestras de oposición, calmadas, al parecer, por Samuel. El profeta fijó Gilgal como el punto destinado para proceder al establecimiento de la monarquía. Hízose como él quiso. Reunido en Gilgal el pueblo, Saúl fue proclamado rey de Israel, en presencia de Jehová. Se ofrecieron sacrificios en acción de gracias, y el pueblo se regocijó grandemente con Saúl.

En tal relato, que parece el más auténtico, la monarquía aparece como una gran cosa. Dios la da al pueblo, sin que éste la haya pedido, como una salvaguardia. Todo se hace con la confabulación de Samuel. Posteriormente, se narró el suceso de modo distinto. Se supuso que, envejecido Samuel, nombró a sus dos hijos, Joel y Abiah, jueces de Israel, pero que éstos, en vez de imitar a su padre, se corrompieron, recibieron regalos y prevaricaron. Entonces todos los ancianos de Israel fueron a Rama a buscar a Samuel, y le pidieron un rey para que los gobernara «como lo tienen todos los pueblos». Samuel aceptó con disgusto, después de presentar mil objeciones y trazar un cuadro muy sombrío de los abusos de la realeza.

Esos sentimientos fueron experimentados efectivamente por los profetas, en época más moderna, pero se atribuyeron retrospectivamente a Samuel. Los hombres de Dios, los profetas cuyo ideal era la vuelta a la antigua vida patriarcal, y que solían encontrar en la monarquía un obs-

táculo para sus utopías, creían sacrílega la transformación que convirtió a Israel en un pueblo como otro cualquiera. Jehová era el verdadero rey del pueblo, en el sistema teocrático. Sustituirlo con un rey profano era impío, ingrato, era una apostasía. Era una señal de desconfianza; era decir a Jehová que no servía para defender a su pueblo y que un rey lo haría mejor. La teocracia tomaba así la apariencia de una democracia. El rey, representante de una sociedad laica y profana, parecía una disminución de la sociedad religiosa.

Probablemente esos sentimientos no fueron los de Samuel. La dualidad está ya establecida. Israel aspira a dos cosas contradictorias. Quiere ser como todo el mundo, y algo aparte al mismo tiempo. Quiere realizar un destino real soportable y un sueño ideal imposible. El profetismo y la realeza se sitúan desde el principio en absoluta oposición. Un estado laico, obediente a todas las necesidades de los estados laicos, y una democracia teocrática que ha de minar perpetuamente las bases del orden civil forman la lucha, cuyo desarrollo ocupa toda la historia de Israel y le da un carácter de tan alta originalidad.

El establecimiento de la monarquía en Israel fue un hecho completamente profano, sin intervención de ninguna idea religiosa. Aunque relatos muy antiguos dicen que Saúl tenía relaciones con los nabis, nada poseía él, al parecer, de los *cohanini*. La redoma de aceite que se supone vertida sobre su cabeza por Samuel, es una leyenda, pero de todos modos es conciliable con los datos muy serios que nos muestran a la realeza de Israel como salida de una especie de «campo de Mayo». Los sacrificios que se hicieron en Gilgal eran el festín obligado en cualquier solemnidad. El narrador bíblico entiende sin duda que fueron ofrecidos a Jehová. Pudo ser. Observemos, sin embargo, que Saúl fue, como Gedeón y Jefté, un adorador intermitente de Jehová. Sus hijos se llamaron Jonatán, Meribaal, Ismaal y Milkisna, lo cual prueba que titubeaba entre las palabras de Jehová, Baal y Moloch para designar a la divinidad. La imposibilidad que tuvo durante todo su reinado, de entenderse con los profetas y sacerdotes, prueba que el origen de su poder fue laico, y ese mismo carácter tuvo la realeza en Israel hasta sus últimos días.